

Cultura, patrimonio, preservación

EUNICE RIBEIRO DURHAM *

Cuando comencé mi vida académica y tuve que vencer el miedo a hablar frente a los alumnos, fui a buscar a mi profesor de antropología para pedirle orientación sobre cómo planear una clase. “No tenga miedo de decir lo obvio —me dijo él— comience con lo que usted cree que todo el mundo ya sabe, así se pueden aclarar muchas cosas”. Siguiendo este consejo comenzaré por lo obvio.**

Como el tema que nos convoca es cultura y patrimonio cultural, el punto de partida puede ser la noción misma de cultura, tal como se presenta en el sentido común. Siendo el CONDEPHAAT un órgano que pretende formular una política cultural, el conocimiento del sentido común constituye un elemento importante para una actuación que se proponga llegar a un público lo más amplio posible, pues es reconociendo el sentido común como podremos establecer una comunicación con la población.

Esto es relativamente fácil una vez que el sentido común no está presente tan sólo en los otros, en el público externo; todos nosotros poseemos una cierta dosis de él, que adquirimos con nuestra vivencia social. Podemos comenzar por lo tanto con nuestro propio conocimiento de lo que sea la cultura en su acepción cultural. Me gustaría que alguno de ustedes presentara una definición de cultura de acuerdo con el sentido común.

Del público: *La cultura, al nivel de la población, se coloca como algo intangible o muy por encima de lo*

común y se refiere principalmente a las artes plásticas, a la pintura, a la música, al cine. Creo que, en la acepción realmente del sentido común, la cultura se identifica con esas formas de representación.

Esa definición es bastante adecuada y contiene algunos elementos muy importantes que conviene analizar. En primer lugar, hay en ella claramente una postura elitista: la cultura es un producto superior, que exige cualidades superiores para poderse disfrutar. Pero en esa concepción elitista la cultura posee dos dimensiones: una se refiere a la naturaleza misma del bien natural, en la medida que incorpora ciertas características “espirituales”, concebida como de un orden más elevado; y la otra tiene relación con una capacidad especial, restringida a ciertas personas, para disfrutar de esos bienes. “Tener cultura”, por lo tanto, en el sentido común significa poseer un cierto conjunto de conocimientos o información que no se utiliza en lo cotidiano de las personas comunes, y al mismo tiempo, estar dotado de una capacidad especial para apreciar y usar ese patrimonio. Además, la cultura concebida de esa forma tiende a ser altamente valorada. No solamente los intelectuales valorizan la cultura. El pueblo en general demuestra un cierto respeto y admiración por las personas consideradas cultas, aunque esa actitud esté un tanto cargada de ambigüedad. Los investigadores que trabajan con las clases populares tienen una experiencia muy clara de esa realidad. La actitud en relación con el propio investigador, normalmente

* Profesora de antropología de la Universidad de Sao Paulo (USP), miembro del CONDEPHAAT.

** El trabajo que aquí se presenta reproduce la intervención de la autora en el seminario “Cultura y patrimonio cultural”, por lo que se incluyen en él intervenciones del público.

reconocido como persona culta o instruida, por un lado acostumbra estar marcada con un cierto respeto y admiración por el reconocimiento de que él es su-puestamente portador; pero por otro hay una cierta desconfianza o hasta hostilidad, como si la posesión de ese saber volviera a la persona incapaz de entender los problemas comunes e importantes de la vida cotidiana. Permanece entonces una idea básica, la de que las personas se dividen entre “las que saben” y “las que no saben”, “las que tienen cultura” y “las que no la poseen”.

Del público: *¿Quiere decir que la propia política de la Secretaría se basa en este concepto?*

Creo que sí. Además, como la Secretaría suele estar poblada exactamente por personas que se incluyen entre aquellas que “tienen cultura”, tienden a considerarse capaces, por sí solas, de definir lo que debe o no ser objeto de una política cultural, y en el caso de CONDEPHAAT lo que debe o no debe ser incluido en el patrimonio cultural.

Volviendo a los elementos básicos de la noción de cultura en el sentido común, podemos concluir que ella engloba diferentes aspectos. En primer lugar la valorización de la cultura, que por eso mismo debe preservarse; en eso tenemos un puente entre el interés de CONDEPHAAT y los intereses de la población que puede legitimar una política cultural. En segundo lugar es importante reconocer la multiplicidad de referencias del término “cultura”, que engloba simultáneamente objetos y capacidades. Ese segundo aspecto es importante porque constituye la base sobre la cual la antropología reformuló la noción presente en el sentido común, creando un nuevo concepto. La reformulación básica constituyó la “deselitización”, que fue un movimiento de definición que retiró del concepto esa connotación de un saber especial superior producido por ciertas personas, restringido a determinadas clases sociales. Todos los aspectos asociados a la noción de cultura del sentido común permanecen en el concepto antropológico pero fueron aplicados a todas las producciones humanas y a todos los comportamientos humanos.

Volviendo una vez más a la noción común de cultura, si indagamos en qué consiste el carácter particularmente “elevado” o “superior” atribuido a los bienes culturales, podríamos tal vez concluir que reside en el reconocimiento de una excelencia técnica, una riqueza formal o una complejidad simbólica de esos productos que impregna a su producción y a su consumo. Lo que el concepto antropológico de cultura presupone es exactamente que esas cualidades estén presentes en

todo comportamiento social humano: en el tratamiento ceremonioso de las recepciones oficiales y en la etiqueta que reglamenta la relación del obrero con el patrón, en la pintura de un cuadro así como en la preparación de un pastel, en el entendimiento de un libro de geografía como en la capacidad de movilizarse a través de la ciudad.

Para clasificar todas esas acciones como igualmente culturales, la antropología parte de una oposición básica entre naturaleza y cultura. La idea central de concepto antropológico de cultura es la de que los hombres son animales de un tipo muy especial cuya particularidad deriva del hecho de poseer muy pocas orientaciones intrínsecas genéticamente transmitidas para organizar su comportamiento. No poseyendo esas orientaciones genéticas, organizan su conducta colectiva a través de sistemas simbólicos que crean y transmiten bajo la forma de reglas. Se produce, así, una forma específica de adaptación y utilización del ambiente que involucra tanto la producción de conocimientos como la de técnicas; esto es, comportamientos estandarizados que son aprendidos y transformados por cada generación.

En este sentido, todo comportamiento humano es “artificial” y no “natural”. El hombre es un animal que construye a través de sistemas simbólicos un ambiente artificial en el cual vive, y el cual transforma continuamente. La cultura es propiamente el movimiento de creación, transmisión y reformulación de ese ambiente artificial.

Hay un cierto aspecto “democrático” en ese concepto antropológico, la presuposición de una inmensa capacidad de aprendizaje y creación, que es general a todos los individuos de la especie. El lenguaje proporciona la demostración más clara de esta perspectiva antropológica; la lengua es, en efecto, una creación cultural extremadamente rica y compleja. A pesar de eso, todos los hombres normales aprenden a hablar y son en ese sentido plenamente “cultos”. La idea es la de que si son capaces de aprender algo tan complejo como la lengua, son plenamente aptos para manipular sistemas simbólicos complejos y adquirir cualquier producción cultural.

El reconocimiento de la importancia de la dimensión simbólica en el comportamiento humano permite re-colocar ciertos aspectos que habíamos encontrado en la noción del sentido común e implica la existencia de múltiples referencias en el concepto de cultura. Una de ellas remite, básicamente, a los *productos* de la actividad humana y se refiere más directamente a la producción material: pinturas, monumentos, objetos. Pero hay también el reconocimiento de una producción específicamente simbólica que resulta de la mani-

pulación del lenguaje: obras literarias, teorías científicas, sistemas religiosos, códigos jurídicos. Esa noción de una *producción simbólica* es fundamental, pues nos permite llegar al problema central de la concepción de cultura, que es la cuestión de la significación.

Visto el problema desde el ángulo de la significación, la distinción entre producción material y producción simbólica se desvanece. Es fácilmente perceptible que los bienes materiales traen consigo una carga simbólica, y es exactamente la riqueza de esa carga la que parece caracterizar a los productos privilegiados de la cultura en el sentido popular.

Esa primera noción de cultura enfatiza la obra producida por la acción humana, y en la obra (tanto material como no material) privilegia la dimensión simbólica. Así, una obra de arte y por extensión todo producto material es simultáneamente el sustrato material en el cual se realiza y la significación que cristaliza y expresa.

Hay, mientras tanto, otro aspecto que quiero enfatizar en el concepto de cultura. Aun en el sentido común, la noción de cultura se relaciona no sólo con las obras sino también con una cierta capacidad humana de producirlas y disfrutarlas. Cuando se dice que una persona es culta queremos decir simultáneamente que posee cierto tipo de informaciones y que es capaz de *usarlas*. Una persona culta es aquella que va a un concierto y siente placer al oír una sinfonía. No se trata por lo tanto de un concepto pasivo, pues no nos habla simplemente de las obras sino también de las acciones. En la antropología hubo desde el inicio una preocupación por ese aspecto dinámico de la cultura que se incorpora a los estudios de las *costumbres*.

La idea de costumbres es un poco diferente de la idea de producto simbólico. No se trata tan sólo del producto de la acción humana sino de la propia naturaleza de esa acción. Una acción estandarizada y organizada por las reglas, codificada simbólicamente y, como los bienes culturales, cargada de significación.

Es esa dimensión del concepto de cultura la que creo que es fundamental: la que toma por referencia básica la regularidad y el significado del comportamiento creados por la manipulación de sistemas simbólicos.

Pensando la cultura desde esta perspectiva podemos compararla con la noción de trabajo existente en la teoría marxista. Cuando Marx se refiere al trabajo se trata de la producción material propiamente dicha. Pero podemos pensar en la producción simbólica de modo análogo. Hay por ejemplo un aspecto importante en el trabajo que es su carácter acumulativo: a través del trabajo los hombres no sólo establecen una

relación momentánea con la naturaleza extrayendo de ella objetos de uso para ser consumidos inmediatamente sino que producen también instrumentos de trabajo, conocimientos y técnicas y habilidades corporales adquiridas, que constituyen los medios de producción y permiten una producción más elevada. La cultura es también así: una vez creada, constituye nuevas bases para creaciones posteriores. Pero hay otro elemento importante en la noción de trabajo y especialmente en la de medios de producción: la de que el producto contiene un trabajo muerto que puede ser retomado y vivificado por un nuevo trabajo que se ejerce sobre él. Tomemos como ejemplo un bolígrafo: es producto de un trabajo; guardado en el cajón o en la tienda, el trabajo que contiene está, por así decirlo, muerto, pero usado para escribir un artículo, valorizado con ese nuevo trabajo, gana vida y pasa a ser un instrumento de producción. Podemos pensar la cultura, inclusive la producción simbólica, en términos semejantes. Los productos simbólicos también poseen una cierta exterioridad una vez producidos, pero si no se utiliza el trabajo de creación que contienen de cierta forma están muertos. Así pasa, por ejemplo, con un artículo que no se publicó y que nadie lee, pero que cuando es publicado, leído, discutido, contestado—esto es, capitalizado con un nuevo trabajo cultural—, se convierte en parte integrante de la cultura. La idea básica que estamos queriendo transmitir es la de que la cultura no se refiere tanto a los productos sino a su uso. Debemos pensar a la cultura como un proceso a través del cual los hombres, para poder actuar en sociedad, tienen que producir y utilizar constantemente bienes culturales; esa es la única forma por la cual pueden organizar la vida colectiva.

La célebre teoría de Mendel sobre la herencia es un buen ejemplo de lo que estoy queriendo decir. Como todos saben, Mendel elaboró esa teoría, misma que fue ignorada por mucho tiempo, estaba, por llamarlo de algún modo, muerta. Existía, estaba allí, estaba escrita pero en realidad estaba muerta porque nadie la conocía y nadie la usaba. En el momento en que fue redescubierta y utilizada, cuando las personas comenzaron a realizar experiencias genéticas y a interpretar el mundo en función de esa teoría, fue incorporándose y comenzó a ser un elemento de la cultura viva, un instrumento de actuación del hombre sobre el mundo, un instrumento de relación de los hombres entre sí y hasta un bien de consumo. Tengo la impresión de que hay ciertas personas que tienen un placer estético al entender la teoría de Mendel, aunque no la utilicen de modo práctico.

Esa noción de cultura como una cosa que es constantemente recreada y reutilizada, instrumento básico

de toda la acción humana, nos da una perspectiva que me parece muy rica si no es interpretada de un modo demasiado utilitario.

La cultura es una elaboración humana que no sólo satisface las necesidades materiales sino también otras. Quiero decir, más bien, que mucho de lo que llamamos cultura no tiene ninguna utilidad práctica y eso en todos los pueblos de la tierra. Buena parte de ellos pasa una gran cantidad de tiempo produciendo objetos económicamente inútiles pero estéticamente satisfactorios, que son instrumentos para el establecimiento de relaciones entre las personas. Tomemos como ejemplo la pintura corporal. Hay pueblos indígenas en Brasil donde las personas pasan mucho tiempo pintando elaborados diseños en el rostro y en el cuerpo para embellecerse. Las personas dedican mucho tiempo a eso y la pintura desaparece después de dos o tres baños. Obviamente no hay ninguna utilidad práctica en este tipo de pintura, que por lo demás no sólo es fuente de placer estético sino instrumento de relaciones sociales: las personas se admiran mutuamente y rivalizan unas con otras. Pintar a un hijo o pintar al marido o a una amiga puede ser demostración de afecto, usar uno u otro diseño puede identificar al portador como miembro de un clan o indicar su posición en la jerarquía social, la pintura puede inclusive tener significados rituales importantes. De aspectos aparentemente inútiles, de “niñerías”, las culturas están llenas. Pensemos por ejemplo en el hábito tan común en nuestra sociedad de adornar los pasteles, especialmente los de bodas y los de cumpleaños. Una enorme cantidad de trabajo se invierte en esta producción que se destruye rápidamente en el consumo. En esas cosas reside parte del placer de la existencia, porque ellas hablan mucho de las personas a los demás. Es verdad que las personas se preocupan, y mucho, en garantizar sus necesidades básicas de supervivencia. Pero aun éstas, siempre que es posible, son objeto de una elaboración “superflua”.

Veamos un ejemplo más. Los *trobriand* estudiados por Malinowski son un pueblo agrícola de Melanesia que posee extensos terrenos de labranzas muy bien cuidados. Uno de los productos básicos de su alimentación es el *ñame*, cuya producción consume mucho de su esfuerzo productivo. Se podría pensar que una vez terminada la cosecha las personas obtendrían satisfacción simplemente al almacenar los ñames para su consumo, pero no es así como proceden. Recolectados los ñames se limpian cuidadosamente, operación que incluye, inclusive, raspar o “rasurar” los filamentos de los tubérculos. Después se acomodan en grandes pirámides, cuidadosamente construidas en orden decreciente de tamaño, con los *ñames* más bonitos en la

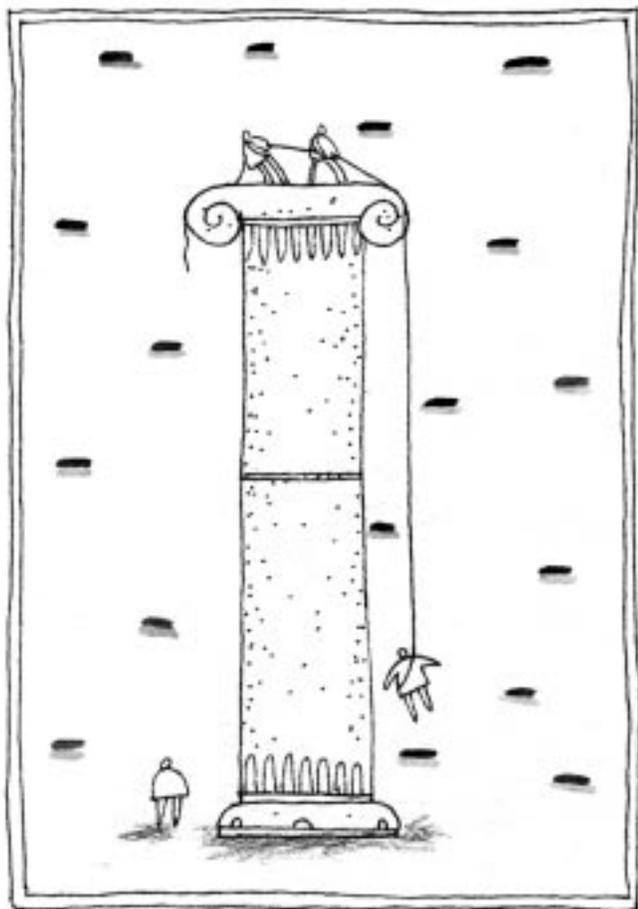
parte exterior donde se pueden admirar más fácilmente. Una especie de cubierta se instala para proteger las pirámides y el resultado de todo este esfuerzo es objeto de muchas visitas y comentarios. Después de algunos días la pirámide se desmonta y buena parte de ella se transporta con mucha pompa y circunstancia a la casa de la hermana del agricultor, donde nuevamente se construye, se exhibe y se le admira. Finalmente, los *ñames* se almacenan en grandes graneros que circundan la plaza central de la aldea, los cuales son elaboradas construcciones en troncos superpuestos a través de cuyas hendiduras continúan visibles los tubérculos mayores y más bonitos. De ese modo, la producción del alimento no es tan sólo un instrumento de satisfacción de una necesidad elemental sino también un vehículo de relaciones sociales y de elaboraciones estéticas.

Mucho de eso ocurre en nuestra cultura, donde la exhibición de gran cantidad de alimentos ricamente adornados y elaboradamente preparados constituye la verdadera alma de la mayoría de nuestras fiestas.

Los ejemplos sirven para mostrar que no podemos entender la cultura de una forma sumamente utilitaria, sino que debemos siempre considerar que inclusive los bienes materiales más útiles están inmersos en una espesa capa de relaciones sociales, elaboraciones estéticas y formas rituales de la cual sacan mucho de su significado.

Retomando la noción de cultura como una acción significante que depende de la manipulación de un instrumental simbólico, podemos tratar de aplicarla a la noción de patrimonio cultural. En esa perspectiva debemos tratar de definir el patrimonio en función del significado que posee para la población, reconociendo que el elemento básico en la percepción del significado de un bien cultural reside en el *uso* que de él se haga por parte de la sociedad. Debemos concebir al patrimonio cultural como cristalizaciones de un “trabajador muerto” que se vuelven importantes exactamente en la medida en que se invierte en ellas un nuevo “trabajo cultural”, a través del cual ese bien adquiere nuevos usos y nuevas significaciones. Esta es una de las características de su proceso de construcción cultural, que reside exactamente en el hecho de que entre mayor sea la carga simbólica otorgada en el pasado a un bien cultural, tanto más ricas serán las posibilidades de su utilización futura. De ese modo, podemos concebir que haya ciertos bienes privilegiados en virtud de los significados que acumularon durante su historia, los cuales merecen un esfuerzo especial en el sentido de preservarlos y colocarlos a la disposición de la población para usos futuros.

Si es relativamente fácil presentar la cuestión en términos generales, el problema inmediatamente se



complica cuando somos llevados a reflexionar sobre la constitución del patrimonio en nuestra sociedad. Es aquí que debemos reintroducir un problema ya presente en el inicio de esta reflexión y que tiene que ver con el carácter elitista del concepto de patrimonio cultural (como el de cultura, en el sentido común). Cuando se trabaja con un pueblo primitivo ese problema no se presenta, porque la sociedad es homogénea y (por lo menos relativamente) igualitaria: todas las personas saben las mismas cosas, utilizan las mismas técnicas, manipulan los símbolos y tienen acceso igual a los recursos materiales y espirituales de la cultura que es, plenamente, un patrimonio colectivo a disposición de todos. En una sociedad diferenciada como la nuestra la cuestión se presenta de otro modo. La cultura todavía es, esencialmente, un patrimonio colectivo, producido por el conjunto de la sociedad. Pero el acceso de grupos y clases sociales a ese patrimonio es diferencial, así como es diferente la contribución de los diversos segmentos a la construcción de esa obra colectiva. En cierto modo eso es inevitable, dado que la división social del trabajo ha producido una riqueza y

una complejidad tales en la producción cultural, que es imposible que cualquier individuo o grupo la abarque en su totalidad. En una sociedad diferenciada, las diversas formas de trabajo, las diferencias regionales, la conjunción de etnias y tradiciones históricas contribuyen a aumentar la heterogeneidad que la división del trabajo social constantemente produce. En el mismo proceso de formación nacional, grupos y clases se adueñan de elementos culturales diferenciales que con frecuencia se utilizan como instrumentos de identificación colectiva en oposición a otros segmentos. Esas diferencias culturales a menudo son muy valoradas por los grupos en relación unos con otros, e implican el desarrollo de patrones estéticos y morales propios.

Sería entonces una ingenuidad imaginar que ese fenómeno sea totalmente recíproco. El hecho de que las relaciones sociales estén permeadas por el poder significa que ciertos grupos logren, hasta cierto punto, imponer sus gustos y patrones, decidir lo que es mejor para los otros o, inversamente, impedir a segmentos dominados tener acceso a bienes culturales altamente privilegiados. En cierto modo, las clases dominantes dirigen la producción material y cultural colectiva de la cual se adueñan privilegiadamente. Eso quiere decir que los bienes culturales a disposición de los sectores dominantes son no solamente diferentes, sino con frecuencia mejores y más elaborados que los que están a disposición de los demás. Retomamos aquí aquella noción de cultura propia del sentido común que implica "refinamiento". Es necesaria una cierta cantidad de ocio y de recursos económicos para poseer y utilizar una obra que demande mucho trabajo y un trabajo de calidad superior. Y, efectivamente, existen productos que son superiores en función de la calidad y de la cantidad de trabajo que en ellos se ha invertido. Es muy diferente hacer una casa contando con mano de obra especializada, arquitectos, ingenieros y vastos recursos materiales, que tener que construir una casa en la *favela*¹ sin ninguno de esos elementos. Las personas pueden ser muy creativas al hacer una casa en la *favela*, pero los recursos que manipulan son pobres. Hay que tener una inmensa dosis adicional de creatividad y de trabajo para producir alguna cosa que se aproxime a una solución técnicamente adecuada al problema de la vivienda. Eso vale también para el conjunto de las obras culturales. Para disfrutar de esa obra es necesario haber tenido un entrenamiento específico, una educación adecuada, disponer de cierto ocio y de recursos económicos adecuados. Por eso, las diferencias de clase no son cualitativamente equivalentes. El componente elitista de la noción de cultura en el

¹ Especie de barrios de lata en Brasil.

sentido común también tiene una base de verdad en la medida en que las clases dominantes son privilegiadas en el sentido de que poseen los recursos, el tiempo, el ocio y el entrenamiento necesarios para poder apropiarse de los bienes culturales más elaborados.

Las clases populares se ven privadas de esos recursos y tienen con frecuencia que producir ellas mismas los bienes culturales para su consumo, de un modo mucho más difícil, mucho más empobrecido y menos acumulativo. La producción cultural de las clases pobres no se archiva y por lo tanto, una vez producida, puede perderse rápidamente. La memoria popular es una memoria corta, precisamente porque depende de la memoria de las personas. Pensemos por ejemplo en la historia sindical brasileña. La inmensa mayoría de los obreros del Brasil no tienen la mínima idea de la historia sindical; quienes sí la tienen son los intelectuales de la universidad, que tienen el tiempo, los recursos y el adiestramiento para reproducirla. Ahora bien, ¿qué posibilidad tienen los obreros mismos de recuperar esa lucha, esas tradiciones? Sólo en la medida en que en el propio medio sindical se conserve una memoria que se transmita oralmente de uno a otro. Las personas no tienen el tiempo, ni el adiestramiento, ni el lugar para ponerse a aprender lo que fue la historia sindical. Entonces tienen que utilizar un material con una profundidad histórica mucho menor. Las clases dominantes no. Nosotros lidiamos con material que tiene una inmensa profundidad histórica, esto es, somos clases privilegiadas porque podemos crear y manipular bienes culturales de ese tipo.

Pensando en la cuestión desde ese ángulo, queda un poco más claro lo que debe ser una política oficial en relación con el patrimonio cultural en una sociedad que se quiere democrática: implica la idea de un patrimonio cultural que, siendo en verdad producido colectivamente, cada vez sea apropiado más colectivamente. Es necesario crear condiciones para que las personas de las más diferentes clases estén en condiciones de apropiarse de aquel patrimonio que está más cargado simbólicamente, que es más rico y que normalmente está monopolizado por las clases dominantes. Cuando pienso en una política cultural, no pienso simplemente en términos de folklore o de populismo, en una simple valorización de lo popular. Tiene que haber una valorización de lo popular, pero se debe tener, simultáneamente, la idea de que los privilegios de clase tienen que ser menos privilegios de clase. Y lo que es un patrimonio colectivo debe estar a disposición de todos. Las grandes obras arquitectónicas son producidas por los albañiles, por los especialistas en mosaicos y azulejos, por los plomeros. Es esa mano de obra la que produce todas las cosas, pero es una clase dominante la que se apropia de ellas, la que las utiliza, la que las inviste de

significados y la que las usa para enriquecer su existencia cultural. Disminuir ese tipo de privilegio debe orientar una concepción más democrática de patrimonio cultural (y de patrimonio histórico también).

En el patrimonio histórico ocurren dos cosas. En primer lugar, la historia que se conserva tiende a ser la historia de las clases dominantes. Los monumentos que se conservan son aquellos que están asociados con los hechos y la producción cultural de las clases dominantes. Raramente se preserva la historia de los dominados. Tomando nuevamente como ejemplo los movimientos obreros, se puede verificar fácilmente que toda la historia de las luchas pasadas no cuenta con marcos físicos (monumentos, museos, exposiciones, conmemoraciones) que faciliten su perpetuación en la memoria popular.

No entra en eso, necesariamente, una intencionada mitificación. Muchos de esos hechos, acontecimientos o productos culturales no son siquiera percibidos por las clases dominantes que controlan el patrimonio y que son llevadas, a veces de manera inconsciente, a privilegiar su propia historia y los bienes simbólicos que tienen que ver con ellos más de cerca. Como muchas veces, esa producción es efectivamente más rica, más elaborada, más "monumental", eso, hasta cierto punto, se justifica. Pero la verdad es que en ese proceso se pierden innumerables creaciones culturales relevantes que no fueron asimiladas por las élites y se olvidan hechos históricos significativos e importantes para comprender el país.

Aunque de manera resumida y esquemática, la visión de los fenómenos culturales que traté de presentar aquí va en el sentido de privilegiar algunos puntos que me parecen relevantes para los interesados en la formulación de una política de preservación del patrimonio cultural. En primer lugar, la necesidad de privilegiar el uso de ese patrimonio de tal forma que el "trabajo muerto" que en él se invirtió pueda transformarse en apoyo de nuevas inversiones simbólicas. En segundo lugar, la necesidad de democratización del patrimonio cultural colectivo de dos maneras: por un lado, es necesario eliminar las barreras educacionales y materiales que impiden a la gran mayoría de la población tener acceso a los bienes culturales que son monopolizados por las clases dominantes; por otro, es importante preservar y difundir la producción cultural que es propia de las clases populares, garantizando su acceso a instrumentos que faciliten esa producción y permitan su comunicación y transmisión.

Son esas las ideas que yo quería exponer. Como dije al principio, no veo en ellas una gran novedad. Pero, retomando y ordenando esos elementos que son de conocimiento de todos, es posible iniciar una discusión que sea esclarecedora y productiva.